

Distr.

RESTRINGIDA

LC/R. 480 (Sem. 30/6)

27 de diciembre de 1985

ORIGINAL: ESPAÑOL

---

C E P A L

Comisión Económica para América Latina y el Caribe

Mesa Redonda sobre Estilos de Desarrollo en América Latina y Desafíos del Futuro, organizada por el Instituto de Naciones Unidas para la Formación y la Investigación (UNITAR), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-CHILE)

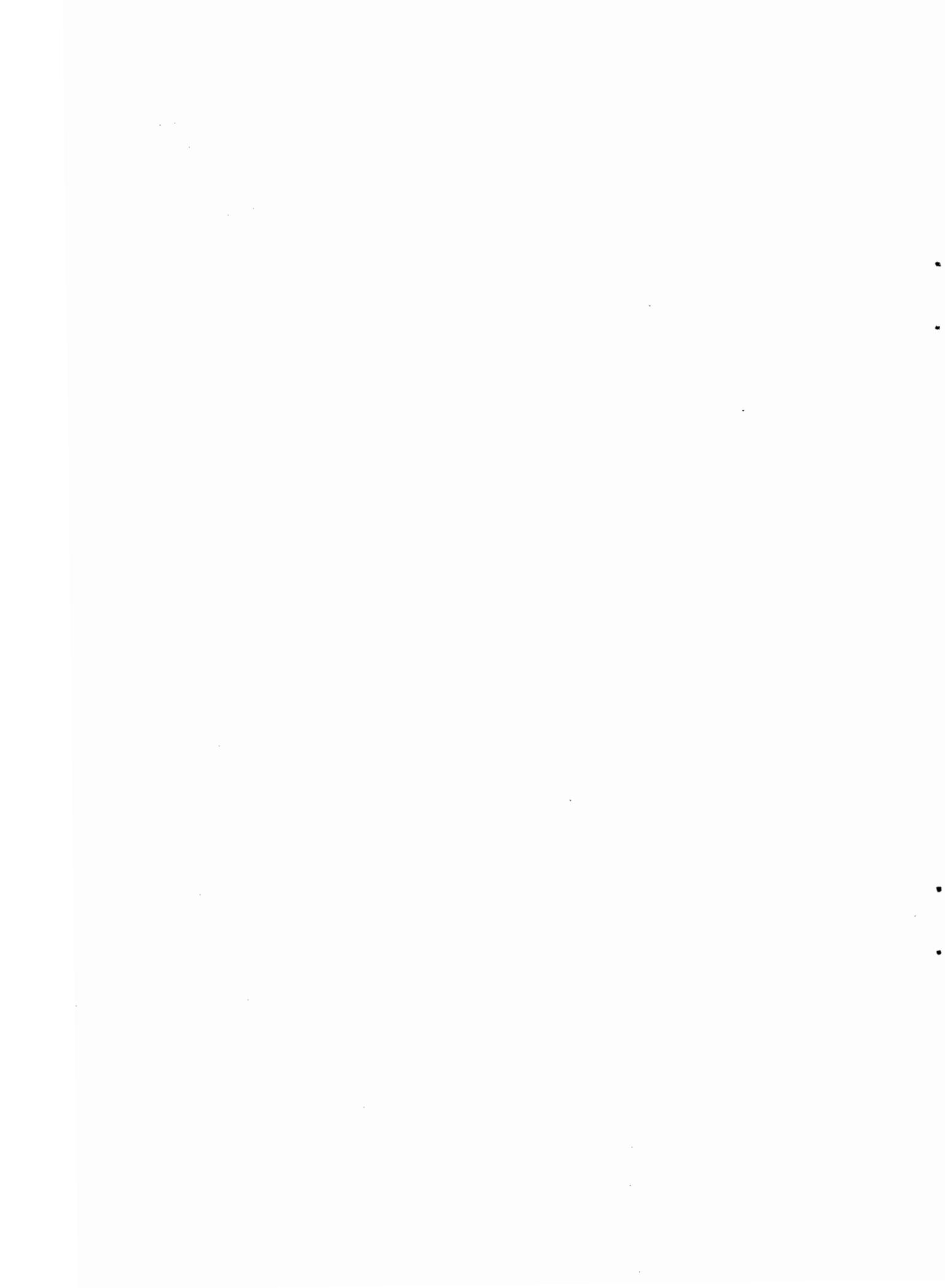
Santiago de Chile, 6 al 8 de enero de 1986

ESTRATEGIAS ORGANIZADAS DE SUBSISTENCIA: LOS SECTORES  
POPULARES FRENTE A SUS NECESIDADES EN CHILE

---

Ponencia preparada por la señora Clarisa Hardy y presentada al "Seminario Inter Americano sobre A Pequena Producao Urbana", Recife, 2-6 diciembre 1985. Las opiniones expresadas en este trabajo son de la exclusiva responsabilidad de su autora y pueden no coincidir con las de la Organización.

85-12-2009



## I N D I C E

### INTRODUCCION

- I. Estado de compromiso y modelo industrialista: el país que fue.
  
- II. Reversión del patrón industrialista y autoritarismo: una redimensión de la pobreza o exclusión popular.
  - II. 1. La dimensión económico-estructural
  - II. 2. La dimensión político-social
  - II. 3. Magnitud y rasgos de la exclusión popular
  
- III. Necesidades básicas y organización popular territorial: estrategias organizadas de subsistencia en la ciudad.
  - III. 1. Heterogeneidad popular y procesos sociales de organización
  - III. 2. De la subsistencia familiar a la organización popular para la subsistencia

### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

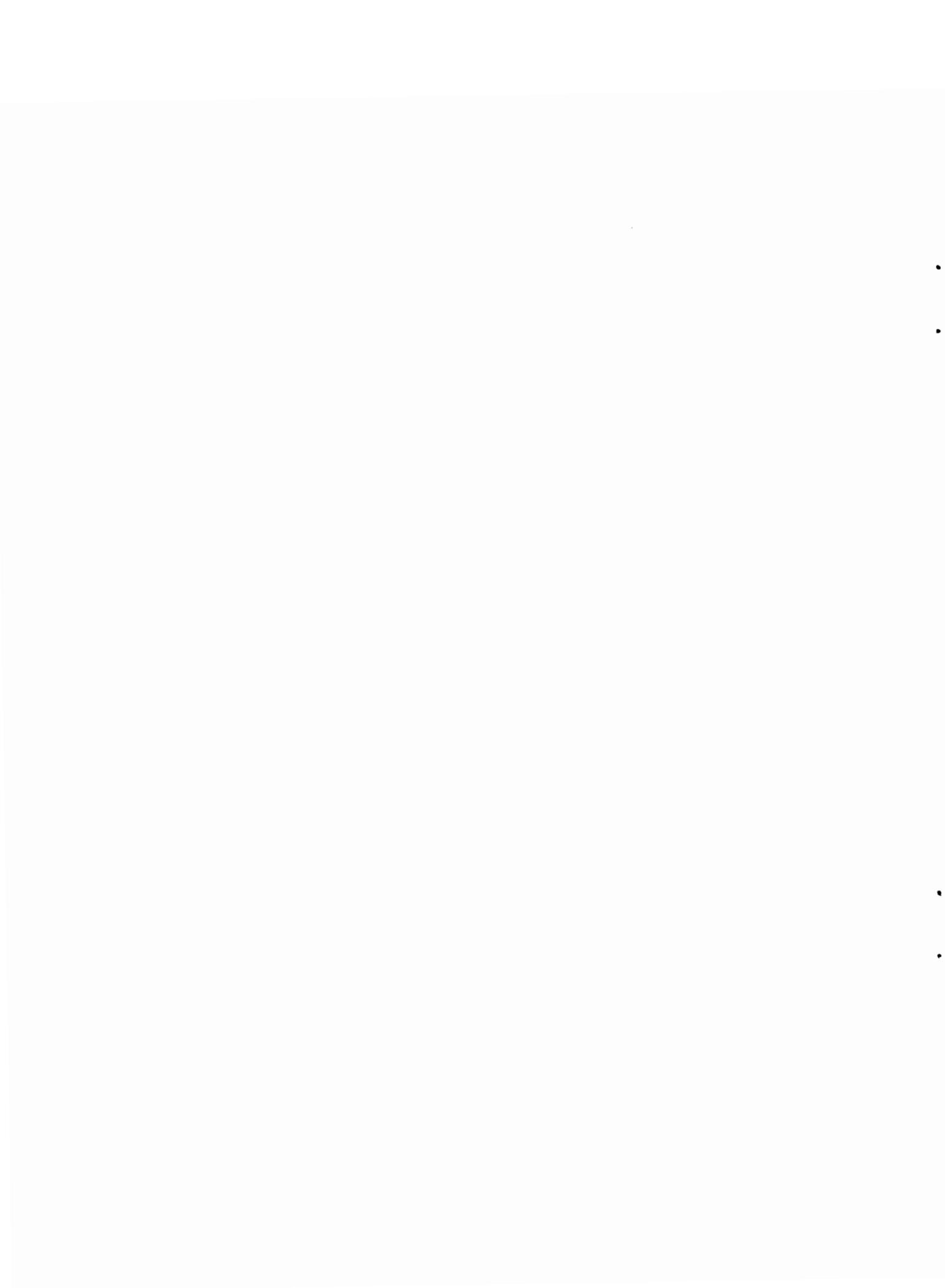


## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. ARELLANO, José Pablo. Políticas sociales y desarrollo, CIEPLAN, 1985.
2. CASTELLS, Manuel. Capital Multinacional, Estados Nacionales, Comunidades Locales. Siglo XXI. México, 1981.
3. FRIAS, Patricio "Afiliación y representatividad del Movimiento Sindical bajo el Régimen Militar". Doc. de Trabajo N° 83, CED. 1985.
4. GIA. "Pobladores Rurales: una Nueva Realidad". Cuadernillo de Información Agraria N° 14. Agosto 1984.
5. HARDY, Clarisa. Los Talleres Artesanales de Conchalí. La organización, su recorrido y sus protagonistas. Colección Experiencias Populares. PET. 1984.
6. HARDY, Clarisa. Hambre + Dignidad = Ollas Comunes. Colección Experiencias Populares. PET. 1985 (en borrador).
7. KULAGOVSKI, Mauricio. "Afiliación y participación social a nivel local" en Doc. de Trabajo N° 70. CED. 1985.
8. MARTINEZ, Javier. Estratificación y Cambio Social en Chile en la Década del Setenta. CEPAL/R. 249. Chile. 1984.
9. MORALES, Eduardo. "Algunos indicadores de niveles de vida en campamentos de las comunas del Gran Santiago". FLACSO. Documento de Trabajo N° 178. Mayo 1983.
10. MURILLO, J. y REYES, C. "aproximación al concepto y funcionamiento del sector informal en Chile". CEDEC. Serie de Estudios e Investigaciones N° 15. 1982.

11. PET. "Serie de Indicadores Económicos Sociales". N° 26, Mayo, 1985.
12. RAMIREZ, Apolonia. "Los Comprando Juntos" en Coyuntura Económica N° 12.  
PET. Agosto, 1985.
13. RODRIGUEZ, Jorge. "Magnitud de la pobreza, distribución del ingreso e  
impacto del gasto social en Chile". Doc. de Trabajo. ILADES.  
Septiembre, 1985.
14. ROJAS, Sergio. "Política de erradicación y radicación de campamentos.  
1982-1984. Discursos, logros y problemas". FLACSO. Documento  
de Trabajo N° 215. Agosto, 1984.
15. RUIZ-TAGLE, Jaime. "El poder de compra de las familias populares".  
Coyuntura Económica. N° 10. PET. Enero, 1985.
16. RUIZ-TAGLE, J y URMENETA, R. Los Trabajadores del Programa de Empleo  
Mínimo. PISPAL-PET. 1984.
17. SCHKOLNIK, Mariana. "Condiciones de Trabajo y Nutrición en dos pobla-  
ciones". Doc. de Trabajo (borrador). PET. 1985.
18. SPOERER, Sergio. "Cultura y desarrollo económico: una interrogación  
desde la cultura urbana de la sobrevivencia". Contribución al  
Proyecto ECIEL. Octubre 1984.
19. TEITELBOIM, Berta. Indicadores Económicos y Sociales. Series Anuales.  
PET. 1985.
20. TIRONI, Eugenio. "Clases Sociales y Acuerdo Democrático". CED.  
Documento de Trabajo N° 14. 1984.
21. URMENTETA, Roberto. "Las Viviendas Colectivas Deterioradas de la Zona  
Centro de Santiago: condiciones de vida y empleo". PET.  
Documento de Trabajo N. 34. Junio 1984.

22. VALDES, Teresa. "El problema de la vivienda. Políticas estatales y movilización popular". FLACSO. Documento de Trabajo N° 195. Noviembre 1983.
23. Vicaría de la Solidaridad, Octavo Año de Labor. 1983.



## INTRODUCCION

La sola observación de indicadores convencionales de crecimiento económico y mínimos de bienestar social, revela el considerable y progresivo deterioro que experimenta la población chilena desde 1974. Sin embargo, no es solamente un fenómeno de magnitud. Los cambios estructurales ocurridos desde la vigencia del modelo capitalista autoritario en el país, han alterado las bases mismas en que se asentara el patrón de desarrollo hasta los setentas, haciendo de los cambios de magnitud, transformaciones cualitativas. El escaso crecimiento económico se da junto con un proceso de desindustrialización que distorsiona la base productiva nacional. Las altas tasas de cesantía se dan, a su vez, con notorias transformaciones en la estructura socio-ocupacional. El deterioro de los salarios y, en general, del nivel de los ingresos, se acompaña de un Estado prescindente en materia de servicios sociales.

De modo que, los síntomas más visibles -la cesantía y los reducidos ingresos- son ya una condición perdurable. La vulneración de las más elementales necesidades de subsistencia son parte del cuadro habitual de una población confrontada cotidianamente a sus carencias, sin mayores recursos que sus propias fuerzas. La pobreza no sólo es una realidad presente en numerosos sectores; está también la angustiosa posibilidad de su extensión y profundización. A este cuadro se agrega, consistentemente, un sistema autoritario que facilita el control del potencial conflictivo que encierra una situación económica de tal naturaleza: desconoci-

miento de las organizaciones intermedias de representación y negociación, así como deslegitimidad popular para demandar.

Podemos afirmar que el quiebre de lo que constituyeran las bases fundamentales de la sociedad chilena hasta la década pasada, explica las transformaciones ocurridas al interior del mundo popular urbano, cambios que aluden:

- a) tanto al carácter de la subordinación popular: el paso de la condición de marginalidad a la de exclusión;
- b) como a su magnitud: el tránsito de la carencia unidimensional a la multidimensionalidad de las carencias, o exclusión integral.

En Chile, ni la pobreza, ni las carencias, ni las limitaciones propias de su distorsionado desarrollo, son novedosas. Sin embargo ya hay, en las actuales dimensiones de estos viejos problemas, nuevas formas de manifestarse que, así como hacen temible su progresión futura de no mediar importantes transformaciones económicas y políticas nacionales, también permiten alentar expectativas de soluciones creativas, de surgir un marco económico y político favorable que las aliente.

Es, justamente, a esta doble dimensión del fenómeno que queremos referirnos a lo largo de estas notas. En otras palabras: nos proponemos presentar una caracterización de las actuales condiciones, rasgos y modos de expresión de la exclusión en aquellos sectores condenados a los límites de su subsistencia y, a partir de allí, las distintas respuestas po-

pulares organizadas que dichos sectores promueven, para concluir con una breve reflexión sobre los límites y posibilidades futuras de estas experiencias organizativas en torno a las necesidades básicas.

#### I. ESTADO DE COMPROMISO Y MODELO INDUSTRIALISTA: EL PAIS QUE FUE

De manera sintética podemos destacar aquellos rasgos que caracterizaban el patrón nacional de desarrollo vigente hasta los setentas y cuya drástica remoción ha transformado, cuantitativa y cualitativamente, el mundo social de la pobreza.

- En primer término, la vigencia de un sistema político en el que, no sólo estaba legitimada la demanda popular, sino también institucionalizados los mecanismos de canalización de dichas demandas. El sistema democrático de normación y regulación del conflicto por la vía institucional descansaba fuertemente en el reconocimiento de las organizaciones populares, sociales y políticas, como cuerpos intermedios de representación y negociación.

- Por otro lado, la legitimidad y consiguiente estabilidad de tal sistema de concertación, descansaba en un Estado capaz de absorber, si no la totalidad, parte de las demandas populares. Ello se tradujo en el desarrollo de un Estado asistencial que proveyó buena parte de la base de los servicios sociales a la población.

- La participación institucionalizada de las distintas fuerzas sociales y las formas de inclusión ciudadana se daban, coherentemente, con un modelo de desarrollo industrialista que generaba, desde el polo industrial, el mecanismo central de definición de las áreas de conflicto y demandas. Desde esta perspectiva, la resolución de las necesidades básicas de la población, de sus condiciones y calidad de vida, fueron promovidas desde la esfera del trabajo y en torno de los salarios. Esta situación, no sólo creó las bases materiales de fortalecimiento de un importante movimiento sindical, sino de una cultura de centrismo-obrero, expresada por vía de sus organizaciones sociales -los sindicatos- y políticas -los partidos- como organizaciones dominantes en el seno del movimiento popular y de sus heterogéneos sectores.

Así como las más importantes demandas populares en torno de variados intereses y necesidades fueron globalmente integradas y expresadas por el movimiento sindical, de igual modo estas demandas estuvieron estrechamente asociadas a planteamientos políticos: satisfacción de necesidades básicas, calidad de vida y cambio social fueron aspectos de una temática integral del movimiento sindical, en la que los trabajadores tuvieron formulaciones estratégicas en materia de desarrollo económico y político para el conjunto de los sectores populares de la sociedad chilena.

- Finalmente, el proceso de industrialización y la urbanización acelerada que conllevó, generó un crecimiento distorsionado de las ciudades que comenzaron a concentrar importantes contingentes sociales en áreas

carentes de servicios e infraestructura básica, conformándose los nuevos núcleos de pobreza urbana. La marginalidad urbano-ecológica, con sus serias carencias habitacionales y de servicios, coexistía con la tendencia a la integración económica por la vía asalariada: segregándose, entonces, las demandas económicas de los sectores populares, materializadas en el ámbito laboral, de las demandas por soluciones urbanas, en su espacio habitacional.

El emerger de un movimiento popular poblacional, con asiento territorial y con reivindicaciones centralizadas en la problemática local-habitacional estuvo asociado, así, a la modalidad que adquirió el crecimiento urbano industrial y al robustecimiento de una intervención estatal en materia de acción social: creación de una red de organizaciones populares poblacionales, gestada desde el aparato estatal y legitimada por éste, como mediadora entre los sectores populares y las acciones y programas públicos.

Así, pues, se perfilaron a nivel nacional, las distintas expresiones populares, con sus desiguales pesos políticos y sociales, y con sus diferenciadas pero convergentes demandas y planteamientos propositivos.

## II. REVERSION DEL PATRON INDUSTRIALISTA Y AUTORITARISMO: UNA REDIMENSION DE LA POBREZA O EXCLUSION POPULAR

El quiebre con el pasado se da en todos estos ejes mencionados: en el plano económico, la reversión de lo que fuera el modelo de modernización con base en una estrategia industrialista; en el plano político, la ruptura del sistema democrático de representación y participación institucionalizada; en el plano socio-cultural, el desconocimiento de la legitimidad de la demanda popular y, por consiguiente, de su inclusión nacional.

### II.1. La dimensión económico-estructural

Si observamos cifras indicativas de los niveles de ocupación, de la composición de ésta y de la fuerza de trabajo a partir de 1974, veremos cómo se alteran severamente los mecanismos de inclusión económica que habían caracterizado la estructura social del país en las décadas precedentes. Mecanismos de inclusión económica diferenciada, que no obstante su carácter subordinado, habían estado referidos -como se señalara- a ciertos patrones de inclusión social, recogidos en el sistema político y régimen de partidos existente.

#### a) Desocupación y Subocupación

En lo que respecta a los niveles de ocupación, el desempleo adquiere caracteres de permanencia y profundización desde 1974 a la fecha, modificando estructuralmente el panorama anterior. Con tasas promedio de deso

ocupación real del 6,4% entre 1961/1970 y del 3,9% entre 1971/1973, ésta salta violentamente al 19,7% entre 1974/1983 (Teitelboim, 1985). De modo que, de los 197.300 desocupados que existían en 1963, y que se reducen a 145.800 en 1973, se pasa a un total de 1.038.200 en 1983. En el curso de 1985, el número de cesantes se mantiene rondando el millón de personas (PET, 1985).

El fenómeno de la cesantía es, a la luz de estas cifras, un drama que recorre al conjunto de la sociedad. Sin embargo, golpea con inusitada dureza a los estratos más pobres de la población. En términos generales, según se describe en una reciente investigación sobre cambios en la estratificación social chilena, "mientras los estratos medios y superiores elevan su participación desde el 21,4% de la población activa en 1952 al 36,2% de la ocupación en 1980, los llamados estratos inferiores en ocupaciones primarias, secundarias y terciarias disminuyen su peso relativo del 78,6% que representaban en 1952 al 62,3% en 1980" (Martínez, 1984). Confirmando esta situación, en el mismo trabajo se muestra que, según la distribución de la fuerza de trabajo por tramos de ingreso, el 84,2% de los trabajadores cesantes y de aquéllos que buscan empleo por primera vez se encuentran en el quintil de más bajos ingresos.

Para la situación más reciente, y en ausencia de estadísticas públicas desagregadas por estratos sociales, podemos aproximarnos a través de un conjunto de estudios parciales: una investigación efectuada en 1983, con los sectores sociales empobrecidos de la zona centro de Santiago -el

área más seriamente dañada con el reciente terremoto (residenciales, con ventillos, cités)- muestra que el 26,1% de los jefes de hogar de estas viviendas colectivas deterioradas declara desocupación abierta, cifra que se eleva al 51,6% de los habitantes de esas mismas viviendas que no son jefes de hogar (Urmeneta, 1984). Ese mismo año, un censo realizado en dos campamentos nuevos, producto de tomas exitosas de terreno en una de las comunas más pobres de la ciudad, La Granja, revela que el 49,1% de los jefes de hogar están cesantes o adscritos a programas estatales de empleo mínimo (formas engañosas de subsidio a la cesantía) (\*) y que el 21,6% sólo cuenta con trabajos eventuales e inestables (Colegio Asistentes Sociales, 1983). Dos estudios posteriores, efectuados en 1985, muestran que los niveles de cesantía y subocupación entre los sectores populares que habitan las áreas más pobres y marginales de la ciudad, sobrepasan con creces las estadísticas globales: en San Miguel, entre las comunas más populosas de Santiago, no más del 24% de los jefes de hogar de la población José Ma. Caro tiene algún trabajo estable con ingreso regular (Schkolnik, 1985). En las comunas populares de Puente Alto, La Florida y Peñalolén -que forman parte de las 6 comunas más deterioradas de toda la Región Metropolitana- la situación es aún más dramática: en una encuesta a casi un millar de jefes de hogar de poblaciones y campamentos, sólo el 5% tiene alguna ocupación estable con ingreso regular en ese momento y el 60% declara su participación en el PEM y el POJH (Hardy, 1985).

---

(\*) Nos referimos a dos iniciativas conocidas como "Programa de Empleo Mínimo" (PEM) y Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH), cuya finalidad es absorber ficticiamente parte de la voluminosa cesantía ya que, ni legal ni contractualmente su fuerza de trabajo adquiere estatuto de trabajador, y sus ingresos están por debajo del salario mínimo. Con base en estas consideraciones, el PET calcula la desocupación real sumando, a la desocupación abierta, el PEM y POJH (criterio que actualmente es compartido de manera amplia, incluso en algunos círculos oficiales).

b) Cambios socio-ocupacionales y empleo informal

Lo alarmante en estas altísimas cifras de desocupación, no sólo reside en su magnitud y en su localización entre los grupos sociales de menores ingresos y que residen en áreas urbanas de por sí deterioradas, sino que en su carácter estructural que augura perdurabilidad. En rigor, estas tasas de cesantía son parte de las transformaciones que han afectado la base productiva nacional, condicionando cambios consistentes en la composición de las ocupaciones y de la fuerza de trabajo. Al respecto, dejemos hablar a las cifras.

Según los datos oficiales del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), en 1971 el 21% de la fuerza de trabajo correspondía a distintos estamentos de la clase obrera. Para 1980, sólo el 11,1% del total de la fuerza de trabajo es obrera. En 1982, el descenso es todavía mayor: sólo el 7,6% de la fuerza de trabajo está integrada por distintos tipos de obreros. Dicho de otra manera: el proceso de desindustrialización iniciado en 1974, arroja como resultado una concentración mayor de los niveles de desempleo al interior de la clase obrera del sector productivo, cuyos contingentes se ven reducidos en -27,9% entre 1971/1980 y en -29,2% entre 1980/1982. Los sectores obreros más afectados son, por lo demás, los que hasta 1973 mantuvieron una activa vida y organización sindical (Martínez, 1984) (1).

---

(1) Los trabajadores de la industria tradicional disminuyeron en un -24,6% entre 1971/1980 y en un -23,7% entre 1980/1982, mientras que los obreros de la construcción se vieron reducidos en -38,5% entre 1971/1980 y en -48,4% entre 1980/1982. Según la misma fuente (utilizada por Martínez y León, 1984), los obreros integrantes de industrias más modernas disminuyeron entre 1971/1980 en un -52,9% y en un -35,3% entre 1980/1982.

Paralelo a este proceso de desocupación, principalmente obrera, crecen los empleos en el así llamado sector informal de la economía, con particular fuerza en el ámbito urbano. Dicho sector, hasta hace una década, estaba relativamente estancado y decrecía en lo que se refiere a sus formas urbanas de empleo: en 1960 el empleo informal representaba el 19% de la fuerza de trabajo y el 18% en 1970; en 1980 el empleo informal alcanza el 26,5% de la fuerza de trabajo (Martínez, 1984), elevándose al 27,2% en 1982 (Murillo y Reyes, 1982). Mientras en la década 1960/1970 el empleo informal crecía a una tasa promedio anual del 0,4%, en la década siguiente ésta es del orden del 6% (Martínez, 1984).

Si analizamos el espacio urbano, parte del empleo informal se explica en la reubicación de sectores medios asalariados que, principalmente expulsados del aparato público, adscriben a ocupaciones independientes (2). Otra parte, como se señalaba, en el crecimiento de la cesantía obrera y de una fuerza de trabajo femenina y juvenil que se incorpora al mercado de trabajo: son estos últimos los que cuando pueden integran lo que podría denominarse más específicamente sector económico marginal o de subsistencia y que, sin duda, tiene gran peso y significado al interior del heterogéneo mundo del empleo informal. Desde el punto de vista de las actividades, los podemos encontrar en el comercio ambulante o marginal (que entre 1971/1982 creció de 58.000 a 105.400 personas), ejerciendo los rubros propios del artesanado tradicional y en toda el área de servi

---

(2) Entre 1973/79 el sector público redujo su empleo en 24,4% (aproximadamente 95.000 trabajadores) sin que se produjera un aumento paralelo del empleo en el sector privado. En esas condiciones, es entendible que el sector medio independiente haya crecido en un 44,2% entre 1971 y 1980, así como que también se haya expandido el sector artesanal moderno, en ese mismo período, en un 58,4% (Martínez, 1984).

cios, con un importante crecimiento de los servicios personales. Desde el punto de vista social, todos ellos integran los grupos económicos marginales que, en 1982, representan alrededor de medio millón de personas (3). De estas 494.200 personas en 1982 el 51,8% son mujeres y el 22,7% son jóvenes entre 12 y 24 años. Si de este medio millón de ocupados marginales excluimos los rubros más característicos y propios del sector informal y consideramos las actividades que más han crecido en este período (en el comercio marginal y toda el área de servicios personales), la participación femenina se eleva a un 72,3% y la juvenil a un 28,8% (Martínez, 1984).

Esta mayor incorporación de jóvenes y mujeres que acompaña el crecimiento de una economía marginal de subsistencia, nos señala un importante cambio introducido al interior del sector informal en relación a sus actividades más tradicionales: al lado del pequeño comercio establecido, especialmente de carácter familiar, se desarrolla un comercio ambulante que, dada su ilegalidad, enfrenta condiciones extremas de vulnerabilidad (persecución para quienes lo ejercen e incautación de sus productos) (4); los talleres artesanales tradicionales dedicados a diversos rubros productivos, construcción y reparaciones, tienden a estabilizarse e incluso a experimentar descensos, mientras sustitutivamente prolifera un sinnúme

---

(3) Con base en datos del INE (trabajados por Martínez, 1984) podemos estimarlos en 566.900 en 1980 y 494.200 en 1982.

(4) En 1971 existían 136.700 comerciantes detallistas y 58.000 comerciantes marginales; en 1982 los primeros sumaban un total de 156.200 y los segundos un total de 105.400. Mientras el comercio detallista experimentaba una variación de 14,3% entre 1971/1982, el comercio marginal muestra una variación del 81,7% en el mismo período (Martínez, 1984).

ro de "pololitos" de diversa gama y se expande el empleo doméstico (5).

c) Deterioro de los ingresos y servicios sociales

Junto a estas cantidades, sin precedentes, de seres humanos con necesidad y voluntad de trabajar que carecen de empleo estable y, por consiguiente, de ingresos mínimos regulares, se produce también un deterioro del poder adquisitivo de las familias populares. Si analizamos lo ocurrido en el índice real del Ingreso Mínimo Familiar (IMF), veremos que en el decenio 1974/1984 el poder adquisitivo de éste se reduce en un 48,8%. Es decir, el IMF tiene en 1984 la mitad del poder de compra que tenía diez años atrás (Ruiz-Tagle, 1985).

Cesantía, subocupación, deterioro del poder adquisitivo e inestabilidad ocupacional y de ingresos que, además, se producen con una sostenida reducción del apoyo estatal a las necesidades sociales de la población: a inicios de la década de los setentas, el gasto público social representaba algo más del 25% del PGB; en 1983 este mismo gasto social sólo alcanza los niveles que tenía cuando despuntaban los sesentas, con el 17,1% del PGB (Arellano, 1985). Como sintetiza otro trabajo: "entre 1970 y 1980 los gastos sociales del estado disminuyeron en un 22,1% per cápita (Ruiz-Tagle y Urmeneta, 1984).

Tenemos, entonces, concertados el conjunto de condicionantes estructura-

---

(5) Dentro de los "pololitos", expresión popular que denota la diversidad de trabajos inestables, eventuales, mal pagados y no sujetos a ninguna protección legal, dominan todos aquellos vinculados al área de los servicios personales, entre los cuales crece más el empleo doméstico (o es el de más fácil y pública detección): alrededor de un 20% entre 1971/1982 (Martínez, 1984).

les del mundo de la carencia y la precariedad, que se mide en la desproporcionada magnitud que adquieren los llamados "sectores de extrema pobreza": un tercio de la población que vive la vulneración de sus más elementales necesidades básicas. Según un exhaustivo estudio realizado con muestras en distintas regiones del país, el 30% de la población -como consecuencia de su marginalidad y/o exclusión económico laboral- resiente un conjunto de necesidades, tales como: acceso a la alimentación y a la escolaridad, a servicios urbanos y transporte, calidad del medio ambiente, vivienda y calidad habitacional, etc. (Rodríguez, 1985).

## II.2. La dimensión político-social

Una gran parte de la producción intelectual del país a lo largo de estos años ha mostrado, reiteradamente, en qué medida los cambios estructurales en la economía y los costos que ello ha significado para los trabajadores ha sido posible por la vigencia de un sistema político institucionalmente autoritario y represivo. Este modelo de dominación, si bien recae sobre el conjunto de la sociedad y bloquea colectivamente el ejercicio de la representación y la participación política, no pesa de igual manera ni con igual fuerza para todos los actores sociales.

Si la clausura de los conocidos mecanismos de representación, expresión y participación política ha generalizado una situación de dispersión y de desarticulación social, por otro lado, la formación de canales económi-

cos tan polarizados -según el desigual acceso social a recursos y beneficios- ha dado lugar paralelamente a una segregación urbana, cultural y social de los sectores populares de la sociedad. Producto del capitalismo autoritario hay una sociedad nacional fragmentada, atomizada, desarticulada que, además, se escinde en "incluidos" y "excluidos". Y esta escisión en la sociedad adquiere, por la profundidad e integralidad de la exclusión económica, una expresión territorializada: la pobreza urbana tiene residencia y localización en territorios, áreas geográficas, que la concentran y que empiezan a expresarla culturalmente. Nace así la base social y territorial que hoy representa integralmente a la pobreza como exclusión: los "pobladores" y la "población".

a) Segregación espacial de la pobreza

En Santiago (6) hasta los primeros años de los setenta, la marginalidad urbano-ecológica era más amplia que la marginalidad ocupacional, coexistiendo al interior de asentamiento precarios y/o ilegales, obreros de la industria tradicional, pequeños comerciantes, artesanos y en general sectores del empleo informal, con trabajadores de empresas monopólicas, funcionarios y empleados públicos (Castells, 1981). Si, como el mismo autor manifiesta, en aquel entonces la marginalidad urbano-ecológica y la ocupacional se superponían parcialmente, el aumento y sostenimiento

---

(6) Si bien haremos referencia a la situación en Santiago, fenómenos similares han ocurrido en otras ciudades del país. Como señala un estudio reciente, el crecimiento de ciudades intermedias en las zonas agrícolas (por la absorción de migraciones campesinas que, en las transformaciones estructurales del agro, han perdido o tierras o trabajos permanentes), se da con una concentración de la pobreza en los márgenes periféricos de las ciudades, creándose bolsones de pobreza en las áreas semiurbanas más precarias (con déficit de vivienda y servicios). O bien, migraciones que constituyen nuevos poblados rurales en áreas no urbanizadas y carentes de la más elemental infraestructura de servicios (GIA, 1984)

de la cesantía en la última década contribuye a que dicha superposición sea más integral, homogeneizándose las deterioradas condiciones económicas de quienes viven y comparten un creciente habitat deteriorado.

Respecto de este fenómeno urbano, numerosos estudios reflejan la segregación espacial de la pobreza, tanto en lo que dice relación a su distribución general en la ciudad como, particularmente, al interior de sus distintos segmentos. De las 15 comunas que componían en 1982 el área metropolitana (7), 9 de ellas concentraban la mayor parte de un conjunto de indicadores expresivos de deterioro generalizado: contaminación atmosférica, localización de industrias, inadecuado manejo de la basura, falta o mala distribución de áreas verdes, escasa arborización en las calles, hacinamiento y promiscuidad, escasez de viviendas, falta de servicios básicos en las viviendas, exceso de asentamientos provisionales, insuficiente y mala localización de establecimientos de salud, deterioro e insuficientes locales escolares, insuficiente transporte y falta de red de alcantarillado. De estas 9 comunas destacaban, con mayor nitidez, Puente Alto, Pudahuel, Renca, La Florida, Maipú y La Granja. Por contraste, estaban aquellas comunas que se distanciaban de las anteriores y que gozaban de mejores condiciones en la mayor parte de todos los indicadores señalados, destacándose Providencia, La Reina y Las Condes. A niveles intermedios, como prototipos, las comunas de Santiago y Ñuñoa (Morales, E. 1983) (8).

- 
- (7) Se hace referencia a un estudio anterior a la subdivisión de comunas en 1984 y que ha dado lugar a la existencia de 32 comunas en el área metropolitana.
- (8) Trabajo que, a su vez, se basa en tres estudios realizados en la ciudad de Santiago entre 1977 y 1982 y cuyas mediciones, con distintos indicadores, arrojan resultados coincidentes.

No obstante esta distribución territorializada de la pobreza en la ciudad de Santiago subsistían, producto del importante crecimiento de la población urbanizada en las décadas anteriores, algunas heterogeneidades al interior de distintas comunas: encierros o enclaves de pobreza en asentamientos transitorios (campamentos) localizados en algunas comunas de mayor crecimiento y desarrollo. Se promueve así, desde 1982, una política de erradicación y radicación de estos campamentos (que de provisionarios se habían estabilizado por el derecho de uso de determinados terrenos) que, con el pretexto de dar solución habitacional definitiva a sus moradores, pasa a ser el mecanismo para hacer más efectiva la segregación económica y social de la pobreza en una parte de la ciudad. Es cosa de mirar las cifras y los hechos: entre el segundo semestre de 1982 y el primero de 1984, son erradicados en su totalidad 89 campamentos y 13 parcialmente, con un número total de 15.808 familias erradicadas. Las comunas que logran erradicar un mayor número de sus campamentos son, justamente, las de mejores recursos y con terrenos de más valor (Providencia, La Reina, Las Condes y Santiago), mientras que las comunas que en mayor proporción son receptoras de las familias de los campamentos erradicados, coinciden con las de peores recursos y terrenos devaluados (La Granja, Renca y Puente Alto) (Rojas, 1984).

b) Segregación urbana y económica: exclusión integral

Esta mayor rigidez en las fronteras divisorias de la ciudad entre los excluidos y los incluidos, no es casual. Si anteriormente la heterogeneidad ocupacional y de ingresos de una población que compartía de manera común una misma problemática urbana, permitía derivar parte de sus

demandas fuera de la localidad y trasladar el conflicto, espacialmente, hacia el lugar de trabajo y, reivindicativamente, a los salarios, condiciones de empleo y trabajo, en la actualidad las demandas no pueden sino concentrarse localmente y, por ende, el conflicto tiende a territorializarse. De modo que, las políticas de erradicación de campamentos de las áreas de mayor expansión urbana y la radicación definitiva de sus familias en las comunas más deficitarias, no sólo permiten trasladar -junto al poblador- el eventual conflicto que encierran sus acumuladas necesidades insatisfechas sino, además, mantener segregado dicho conflicto y las causas que lo generan en la parte oculta y menos visible de la ciudad. Por un lado, entonces, se facilita el control del conflicto por la concentración humana de sus portadores en determinadas fronteras urbanas; por otro, se promueve su ocultamiento y no visibilidad para quienes habitan, trabajan y se trasladan fuera de esas fronteras, en el perímetro de la ciudad vivible.

Prueba de que estos mecanismos operan, es que los pobladores parecían no tener presencia ni ser realmente conocidos los extremos límites de su pobreza hasta que surgen, masivamente, las tomas de terreno y sus necesidades de vivienda. Con éstas, las estadísticas de desempleo y la carencia de ingresos adquieren una dimensión humana: se trata de que ni siquiera habitación se tiene.

En efecto, según informaciones proporcionadas por la Iglesia y sin considerar el impacto del terremoto, el déficit habitacional habría crecido

de 550.000 a 800.000 viviendas en la última década (9). Esto explica, según exhibe la misma fuente, la existencia de aproximadamente 135.000 familias de bajos ingresos en condiciones de "allegadas" (\*) en la Región metropolitana (asentándose en esta región el 60% del total de allegados del país).

La necesidad habitacional y las demandas que surgen para su acceso, no son un fenómeno nuevo en el país. Sin embargo, el carácter y sentido de la demanda ha variado radicalmente en la actualidad. Mientras en el pasado la marginalidad social era más bien unidimensional y referida básicamente a las condiciones urbanas de vida, hoy en día ella es integral y estrechamente asociada a la marginalidad económica.

La vivienda juega, en el actual contexto de la pobreza urbana, un doble papel. Subjetivamente, es el único elemento estable en un entorno de permanente inestabilidad y precariedad: frente a un conjunto de carencias, el techo puede constituir la única posesión vital que da arraigo y algún sentido de pertenencia. En el marco de la segregación urbana de la pobreza, la pertenencia a un territorio con fronteras definidas, pasa a constituir una identidad autorreferida. En este espacio, en el que se

---

(9) Según otras fuentes, las estimaciones son las siguientes: oficialmente se habla de una cifra de 774.113; el Colegio de Arquitectos estima un déficit de 846.488 viviendas y la publicación "Hechos Urbanos" calcula para 1982 un déficit de 844.829 viviendas (Valdés, 1983: 63).

(\*) Se denomina de "allegada" a aquella familia que, por carecer de solución habitacional propia, debe hacer uso del sitio o vivienda de otra familia, con quien no comparte ninguna otra responsabilidad ni presupuesto.

vive además la exclusión económica, la vivienda familiar es el punto de confluencia de esta identidad en la medida que la otra fuente de identidad del poblador, su trabajo, le ha sido arrebatada. Objetivamente, la residencia es una herramienta central en las posibilidades de subsistencia familiar, puesto que en el área habitacional se construye un conjunto de relaciones que de una u otra manera tienen que ver con la existencia y reproducción de las familias: lazos de cooperación y ayuda mutua que surgen por vecindad y parentesco, apoyos solidarios externos que se promueven sectorial y localmente, la posibilidad de conseguir "pololitos" que se transmiten y heredan entre familiares y conocidos, realización de trabajos y actividades económicas vinculadas a demandas surgidas en el mismo sector, la práctica de la compra "al fiado" con el pequeño comerciante de siempre, etc. Como señala un estudio (Spoerer, 1984), se estima que más de un 70% de los miembros adultos de las unidades domésticas en los sectores populares están activamente integrados a estas redes de ayuda mutua, intercambio y circulación de bienes y servicios, basados en la confianza y reciprocidad.

### II. 3. Magnitud y rasgos de la exclusión popular

De lo expuesto hasta ahora destacan dos hechos relevantes: la magnitud del fenómeno y sus características.

-En lo que se refiere a su cantidad, la exclusión económico-laboral

implica una cifra del orden de un millón y medio de personas, si consideramos en su conjunto al desempleo abierto, a los cesantes adscritos a los programas estatales de subsidio (PEM y POJH) y a los estratos populares que reconocen alguna actividad en el sector de la economía informal marginal (sin incluir a los estratos medios también localizados en el sector informal): es decir, el 39,7% de la fuerza de trabajo del país, según los propios datos oficiales del INE, 1982. Desde el punto de vista de la magnitud de la exclusión de los servicios urbanos, vivienda y otros beneficios sociales -de acuerdo a antecedentes históricos- se puede estimar que un tercio de la población de Santiago vive en poblaciones y campamentos, en las áreas marginales de la ciudad: aproximadamente un millón trescientas mil personas, según datos censales de 1982. Cifra que, a su vez, coincide con las estimaciones cuantitativas de los sectores sociales caracterizados por una suma de carencias, que los coloca en los estratos de extrema pobreza.

La superposición del 40% de la fuerza de trabajo desocupada y subocupada, con un tercio de la población nacional que vive en áreas urbanas carentes de infraestructura adecuada de servicios y con una cantidad similar de familias en condiciones de extrema pobreza, componen nuestro dramático cuadro actual de exclusión.

-En lo que se refiere a sus características, los procesos de deslegitimación popular propiciados por un Estado inhibitor de la organización e impermeable a las demandas sociales, parecieran ser parte de una pre-

tensión de tornar integral la exclusión popular: marginación económica y pérdida de identidad ciudadana: hambre, miseria y clausura de los mecanismos de participación.

De lo expuesto, surgen algunos rasgos distintivos de esta exclusión que, si bien incluye a la pobreza como uno de sus síntomas, no es identificable con ésta. En otros términos, no todos los sectores empobrecidos del país comparten la exclusión, no obstante que los excluidos tienen en común los niveles extremos de pobreza: el contenido de los problemas que la sociedad debe afrontar a futuro, así como los actores que son sus portadores, no son referibles a pobreza como suma de indicadores deficitarios, sino a la manera en que es vivida actualmente esta pobreza por numerosos y crecientes contingentes sociales. Entre sus rasgos fundamentales, podemos destacar:

#### Rol cultural del trabajo

La ausencia de trabajo o su práctica esporádica, fuera del mundo del empleo formal -fenómeno que adquiere una permanencia prolongada en el tiempo- le otorga, a los sectores que la viven, una condición de excluidos (externamente percibida y, finalmente, autopercebida) de la que carecen los trabajadores estables, vinculados a las ocupaciones de la economía formal. Este sello cultural que tiene el rol del trabajo para asignar y autoasignarse condición de inclusión o exclusión social, explica la mayor legitimidad -social y culturalmente atribuida- que tienen las organizaciones sindicales sobre otras formas de organización popular, aunque se haya reducido el número de trabajadores asalariados del país y

la afiliación sindical.

### Heterogeneidad popular

La composición social interna de los sectores económicamente excluidos tiende a ser cada vez más heterogénea, puesto que a ella ingresan los trabajadores provenientes del desempleo obrero (especialmente fuerza de trabajo masculina, con calificación y experiencia laboral y con tradiciones organizativas), junto con una mayor participación femenina y juvenil que intenta colaborar con la subsistencia familiar. Esta nueva fuerza de trabajo excluida, considerada tradicionalmente "secundaria", es de escasa calificación o experiencia laboral previa y carece de tradiciones organizativas. La heterogeneidad social y cultural del mundo de la exclusión popular, no sólo tiende a crecer, sino que es mayor que la que muestran otros actores populares y sectores sociales del país.

### Rol del territorio en la inclusión

La integralidad, o como hemos caracterizado, el carácter multidimensional que asume la exclusión popular urbana, tiende a concentrar y referir espacialmente, territorialmente, a la pobreza. El habitat, el medio geográfico, la comunidad local juegan en tal sentido un papel decisivo en las estrategias de subsistencia: mientras en el pasado estas estrategias se orientaban hacia el Estado como empleador o mediador en los procesos de trabajo, actualmente se orientan hacia el Estado como figura administrativa que distribuye los espacios y servicios en la ciudad. El Municipio, la comuna, los alcaldes adquieren, así, un destacado rol como referente estatal; la población y el poblador son, opuestamente, los referentes sociales (la conjunción de lo territorial y lo social en la

búsqueda de solución a necesidades básicas).

#### Revalorización de la subsistencia

- Finalmente, esta multiplicidad de rasgos característicos o distintivos de la exclusión popular, pesa subjetivamente en una percepción popular crecientemente autorreferida, en pérdidas de expectativas de acceso a empleos en las ocupaciones formales tradicionales, y en una valoración de que la defensa de sus intereses y necesidades no puede ser asumida por organizaciones sindicales, como lo fuera en el pasado. Esto que, por un lado, implica el riesgo de la corporativización de los intereses populares, por otro, exige repensar las posibles modalidades de inclusión popular en un sentido integral, entendiendo que su eje será la solución de las necesidades de trabajo y/o ingresos y/o servicios, aún con fórmulas y mecanismos no tradicionales.

### III. NECESIDADES BASICAS Y ORGANIZACION POPULAR TERRITORIAL: ESTRATEGIAS ORGANIZADAS DE SUBSISTENCIA EN LA CIUDAD

A partir de los cincuenta la pobreza, fenómeno presente en la historia popular del país, comenzó a ceder. Junto con el mejoramiento de las condiciones de vida de la población, nacían perspectivas de superación de los límites de la pobreza como posibilidad cierta. La situación actual no es, entonces, simple regreso y reedición del pasado: la multiplicidad de aspectos que tiene la exclusión, su extensión y profundidad al interior de los sectores populares, así como su estabilización temporal,

crean la certeza de que, de no mediar transformaciones nacionales, no se abrirán horizontes ni perspectivas de superación de las actuales condiciones de pobreza integral.

La exclusión se vive, pues, sin alimentar expectativas pero, paradójicamente, sin resignación en numerosos grupos sociales. Esta ausencia de resignación se explica en que no hay todavía tradiciones generacionales de pobreza que despierten -como sucede en otras realidades- comportamientos adaptativos y acostumbramiento. Y esta misma ausencia de resignación se evidencia -recogiendo también otras tradiciones, como las de organización- en la capacidad propositiva de las respuestas populares frente a sus problemas, aún con las restricciones vigentes.

Ciertamente, no hay al respecto conductas populares homogéneas, como no hay homogeneidad dentro de los propios sectores populares.

### III. 1. Heterogeneidad popular y procesos sociales de organización

Se señalaba, anteriormente, la gran heterogeneidad que caracteriza la composición social interna del mundo poblacional económicamente marginalizado: la coexistencia de ex trabajadores, obreros calificados y con tradición organizativa, con mujeres y jóvenes carentes de socialización en el trabajo, calificaciones y experiencias organizativas. A pesar de esta heterogeneidad de origen hay, dadas las condiciones presentes, una

tendencia a homogeneizar los niveles de insatisfacción de distintas necesidades y, por tanto, una tendencia común a orientarse en la búsqueda de respuestas de solución. Es respecto de estas orientaciones, que los sectores populares se diferencian y distinguen entre sí: la más notoria distinción se da entre los organizados y los no organizados, es decir, entre aquéllos que se orientan hacia respuestas más colectivas, asociativas y grupales y aquéllos cuya orientación es básicamente individual o familiar.

a) Los no-organizados y los organizados

Constatamos, entonces, que los pobres de la ciudad en la actualidad, a diferencia de las visiones tradicionales que les atribuyen una intrínseca disposición a la dispersión, anomia, atomización e incapacidad de comportamientos orientados hacia objetivos y metas, revelan niveles de organización y prácticas colectivas, tanto o más significativas que otros sectores sociales.

Si tomamos en cuenta la variedad de organizaciones populares que caen en el radio de acción solidaria realizada por la iglesia y otras instituciones no gubernamentales de apoyo, podemos estimar que aproximadamente un 20% de la población que habita las áreas urbanas marginales y empobrecidas de la Región Metropolitana está directamente incorporada a dichas organizaciones y/o se beneficia del trabajo organizacional (por la extensión de los servicios de las organizaciones a la familia popular en su conjunto) (10).

---

(10) Datos que corresponden a organizaciones catastradas. En estas estimaciones quedan afuera organizaciones más autónomas en su origen, de difícil detección, así como aquellas organizaciones poblacionales estimuladas y reconocidas por el aparato público (principalmente, Centros de Madres y Juntas de Vecinos) y en las que un estudio sobre Municipalización calcula una participación cercana al 25% de los habitantes de las respectivas comunas (Kulagovski, 1984).

En realidad, cuando se advierte que un 80% de estos mismos sectores no reconocen participación organizada alguna, se está hablando de un sector organizado minoritario. Sin embargo, hay que matizar su significado:

- En primer lugar, estas formas de organización popular no surgen de la inducción, presión o prestación de servicios asociados al Estado asistencial del pasado, cuestión que explicaba su auge y crecimiento. Las organizaciones de hoy nacen de la carencia de recursos y no de su acceso.
  
- En segundo lugar, las limitaciones organizativas que encontramos entre los grupos sociales poblacionales no son más marcadas que las que revelan otros grupos populares, incluso con mayor trayectoria y experiencia orgánica: en efecto, hasta 1973, alrededor de un 30% de la fuerza de trabajo asalariada estaba organizada sindicalmente; una década más tarde, el 10% de esta fuerza de trabajo tiene afiliación sindical (Frías, 1984).

En otras palabras, la desarticulación social creada por el modelo económico y político implantado en Chile, ha golpeado de manera generalizada a la sociedad y sus diversos actores, pero la reacción popular frente a ello y su capacidad de iniciativa para recomponerse como tejido social y reorganizarse, es tan alta o tan baja en los sectores populares marginales, como lo es en sectores populares con mayores tradiciones organizativas y con alguna forma de inclusión, por la vía del trabajo.

Más todavía: parte de las formas de organización popular que nacen entre los sectores excluidos son, justamente, respuestas que intentan vencer la des-identidad creada por la marginalidad y/o exclusión sistemática. Lejos de la imagen convencional de masa de maniobra pasiva y cooptable o, alternativamente, anómica y violenta, los sectores pobres de la ciudad buscan y consiguen, en una proporción nada despreciable, reconstruirse como ciudadanos, con capacidad propositiva, a través de formas a sociativas.

¿Cuáles son estas distintas formas de organización popular urbana de los sectores económicamente excluidos, y qué características tienen?

#### b) Organizaciones poblacionales y características

En un esfuerzo por mostrar la variedad de organizaciones existentes, distinguiremos de manera esquemática y extremosa los rasgos que diferencian a las organizaciones entre sí. En la realidad concreta, es difícil encontrar a cada organización tipo en su expresión o estado puro y, más bien, se entremezclan distintas características según las situaciones y momentos, cambian los objetivos acorde a coyunturas e, incluso, se modifica la composición social al interior de dichas organizaciones. Sin em bargo, para efectos analíticos, intentaremos presentar distintos tipos de organización popular que tienen localización territorial (y, en tal sentido, son todas organizaciones poblacionales), según sus objetivos y composición social interna:

1. Organizaciones expresivas de identidades colectivas: cuyo propósito

fundamental es la construcción de un espacio grupal, colectivo, a través del cual se recuperan y/o alimentan algunos elementos comunes de identidad en sujetos expuestos, por las condiciones vigentes, a la desintegración, atomización, dispersión (hecho particularmente fuerte en los jóvenes, quienes mayoritariamente integran estas organizaciones); comunidades cristianas de base, grupos artísticos y culturales, agrupaciones poblacionales juveniles y de mujeres. Usualmente estas organizaciones, una vez fortalecido el propósito central de otorgarle identidad común y colectiva a sus miembros, se mantienen cohesionadas diversificando sus objetivos y combinando, con flexibilidad, tareas reivindicativas y de subsistencia, además de propiciar algunas iniciativas solidarias hacia la comunidad.

2. Organizaciones reivindicativas: que son, dentro del ámbito poblacional, las que más se acercan a las formas tradicionales de organización poblacional (comités sin casa, por ejemplo) o del campo del trabajo asalariado (sindicatos de trabajadores independientes o eventuales) y que reclutan principalmente fuerza de trabajo masculina desocupada o subocupada. La reivindicación por vivienda en un caso, o por empleo y/o condiciones de trabajo (en el caso de los intentos de organización sindical de los trabajadores del PEM), se combina con iniciativas laborales transitorias para sobrevivir (bolsas y comités de cesantes). Estas organizaciones tienden a disminuir, producto de la dificultad de promover respuestas exitosas a sus reivindicaciones y por estar, asimismo, más fácilmente expuestas a la represión. Por otro lado, las urgencias de la sub-

sistencia suelen reorientar sus objetivos hacia la búsqueda de alguna solución económica a sus miembros.

3. Organizaciones de defensa y protección ante la represión: que son, por la naturaleza de sus actividades, las más próximas a organizaciones con orientaciones políticas. Si bien de composición heterogénea, también se aprecia en éstas una importante participación juvenil. Las más estables y con larga trayectoria poblacional son los comités de base de derechos humanos. Las más recientes y cuya existencia está ligada a la coyuntura, son algunos grupos de salud poblacional, surgidos y fortalecidos en torno a las "protestas". La transitoriedad que estas protestas le da a algunas funciones de estas organizaciones, explica la búsqueda de objetivos más permanentes y la construcción de algunas metas más directamente ligadas a problemas cotidianos de la población pobre en los sectores habitacionales marginales, sea en el ámbito del desarrollo humano, como en la prevención y acciones de salud poblacional.

4. Organizaciones poblacionales políticas: en las que habría que distinguir grupos locales, vecinales y hasta comunales, que se plantean finalidades o propósitos políticos vinculados a alguna problemática poblacional específica, sin referencia o adscripción partidaria alguna; de aquellas organizaciones que se erigen como los referentes político-partidarios en el trabajo poblacional general y en la representación de los intereses urbano-populares (especialmente, coordinadoras de carácter regional). Con escasa afiliación (en general, éstas son instancias de parti

participación de dirigentes), en rigor la intención de estas organizaciones es vincularse más directamente con grupos y organismos sociales de base, al considerarlos genuinos centros de nucleamiento poblacional y el lugar donde se produce -en la práctica diaria- si no la politización, la participación colectiva más permanente. La presencia de antiguos cuadros populares en la conducción de estas organizaciones es excepcional (aquéllos que se gestaron en la época del movimiento poblacional más activo), primando la participación de una dirigencia joven, nueva, formada directamente en el activismo de su zona poblacional.

5. Organizaciones de subsistencia: que tienen como propósito expreso la búsqueda de soluciones a algunas necesidades básicas, de manera directa (a través del consumo, por ejemplo) o indirecta (por medio de la generación de ingresos y vínculos con el mercado). Teniendo una composición heterogénea, en la que se combinan ambos sexos, distintos grupos generacionales, personas altamente calificadas y otras sin calificación o experiencia laboral u organizativa previa, se convierten crecientemente en espacios privilegiados de participación femenina adulta. Son, de lejos, las organizaciones más numerosas y con mayor tendencia al crecimiento de todas las organizaciones mencionadas. Entre otras razones, porque en torno de las necesidades de la subsistencia terminan convergiendo la mayor parte de los esfuerzos organizados, tal como se describiera en la presentación de los distintos tipos de organización.

Aunque no contamos con una información muy precisa, a lo menos el 50% de

las distintas organizaciones populares poblacionales, se desarrollan específicamente en relación a algunas necesidades básicas o de subsistencia familiar en general (sin incluir aquellas otras en que existen iniciativas esporádicas en torno a tales propósitos). Dicho de otra forma, y según registro de la Vicaría de la Solidaridad y del catastro de organizaciones realizado por el PET, podemos estimar que un 10% de la población que reside en las áreas empobrecidas y marginales de la Región Metropolitana se beneficia directa e indirectamente de alguna organización de subsistencia: alrededor de 100.000 personas.

En síntesis, si analizamos el conjunto de pautas de comportamiento colectivo presentes en los actores poblacionales, veremos que éstas siguen dos direcciones diversas, pero convergentes:

a) Orientaciones ligadas a las necesidades cotidianas de vida de los sectores populares que, si bien no recogen un conflicto manifiesto, son expresivas de los diarios enfrentamientos de estos sectores con los factores que determinan su exclusión: especialmente en el plano de la subsistencia material y cultural o de identidades propias.

b) Movilizaciones y luchas circunstanciales que expresan abiertamente el conflicto entre estos sectores y el modelo dominante: especialmente en el plano de la exclusión económica y política.

Estos dos caminos diversos en que se reconstruye el actor popular urbano recogen, como eje central, el fenómeno genérico de la exclusión y,

como demanda básica, la búsqueda de inclusión o integración, aunque sea parcial (particularmente, en la dimensión económico-laboral).

De esta constatación emerge, nítidamente, la relevancia actual de las estrategias populares organizadas en torno a la subsistencia, no sólo como respuestas de los sectores urbanos pobres frente a sus necesidades, sino también como formas de reconstitución social y política ante la exclusión.

### III. 2. De la subsistencia familiar a la organización popular para la subsistencia

Los primeros efectos del golpe militar se dejaron sentir selectivamente en algunos sectores populares que, víctimas de la persecución y represión política, afrontaron despidos, cárceles, relegaciones, exilio. En muchos hogares se empezó a vivir, entonces, una angustiosa situación económica como consecuencia directa de la aplicación del nuevo modelo político. Las respuestas, pensando que tal situación sólo podía ser transitoria, se orientaron (con el activo estímulo y respaldo, principalmente, de la iglesia) hacia la formación de algunas bolsas de cesantes y comedores infantiles, destinados a los trabajadores despedidos o a sus familiares más directamente afectados. Eran las primeras organizaciones populares surgidas para solucionar algunas necesidades más básicas y, en tanto se presumía que tal clima político amainaría, tenían en su funcio-

namiento un cierto sesgo asistencialista.

Con el correr de los años, sin embargo, la crítica situación económica se masificó entre las familias populares, ya no como efecto de las condiciones políticas, sino como resultado de la propia política económica. Lo transitorio se estabilizó y las respuestas empezaron a consolidarse, a dos niveles: a nivel individual-familiar y a niveles más grupales o colectivos.

- En lo que dice relación con el aspecto individual o familiar: como parte del contenido estructural que asume la crisis económica se producen algunas alteraciones más permanentes en las estructuras familiares tradicionales, al tiempo que otros rasgos empiezan a acentuarse. Por una parte, la mujer y el joven adquieren roles más activos en el apoyo a las economías familiares (alterando su tradicional rol de fuerza de trabajo secundaria). Por otra, se fortalece y amplifica un proceso de sustitución de familias nucleares por familias extendidas, como parte de una estrategia de subsistencia frente a las crecientes dificultades de empleo de los jefes de hogar. Tenemos algunas cifras recientes reveladoras de estos hechos: mientras a nivel nacional el tamaño familiar promedio es de 4 personas, en el 10% de las familias de más bajos ingresos el tamaño promedio es de 6 personas por familia (Rodríguez, 1985). En un estudio en profundidad realizado con una muestra de familias de extrema pobreza (pertenecientes a ollas comunes), se detectó que en un 40% de estos hogares convivían dos núcleos familiares o, en otros términos, que

junto a cada familia nuclear e incorporada a ella, había un promedio de 2,7 otros parientes, en el 40% de los hogares (Hardy, 1985).

- En lo que dice relación con el aspecto más grupal o colectivo: se produce una tendencia a la búsqueda de iniciativas más asociativas como respuestas de solución a necesidades básicas, asociación que se basa en la proximidad habitacional de los que comparten de manera similar algunas carencias. Si bien la iniciativa grupal descansa, en sus comienzos, en apoyos externos (principalmente de instituciones vinculadas a la iglesia o directamente ésta) que, por una parte, les dan cobertura y, por otra, recursos o prestación de servicios, crecientemente el desarrollo organizativo empieza a descansar más en la iniciativa popular y esfuerzos propios (a medida que, también, se ganan espacios políticos en el país). Junto a esta tendencia al crecimiento o expansión de las estrategias más colectivas u organizadas de subsistencia, se produce un fenómeno de diversificación: al interior de una misma área poblacional nace una variedad de organizaciones que abarca una multiplicidad de necesidades afectadas en los sectores populares.

a) Las organizaciones económicas populares (OEP)

Este tipo de experiencias o estrategias populares organizadas de subsistencia se superponen con las estrategias más bien familiares, potenciando así los recursos individuales disponibles. Y estas formas organizativas, denominadas Organizaciones Económicas Populares (OEP), se caracterizan entonces, por:

Un grupo de personas, correspondiente a un número variable de familias,

que usualmente reside en áreas cercanas o vecinas, decide poner en común -en razón de problemas y necesidades compartidos- algunos recursos mínimos monetarios y/o materiales (cuotas o aportes en dinero, algunos instrumentos o herramientas de trabajo, víveres y materias primas, etc.) pero, básicamente, su propia capacidad de trabajo, esfuerzos e iniciativas personales, para resolver en conjunto (manufacturando, comprando, cocinando, estudiando, etc.) alguna o algunas necesidades insatisfechas. Si bien estas estrategias organizadas tienen como objetivo expreso primario, aportar alguna solución a una necesidad vital de sus familias miembros -y en tal sentido son organizaciones que cumplen una función de apoyo económico a la unidad doméstica familiar- también forman parte de sus objetivos la convivencia y sociabilidad, la búsqueda de participación e identidad, el desarrollo humano y la formación -y en tal sentido son organizaciones con contenidos cultural, social y político.

De manera sintética podemos sostener que, desde el punto de vista de su composición, estas organizaciones forman parte del mundo social de la desocupación y subocupación y combinan, de manera amplia, la participación de los heterogéneos sectores populares excluidos que describiéramos anteriormente (en materia de origen socio-ocupacional y organizativo, generacional y de sexo). Desde el punto de vista de sus objetivos, si bien podemos calificarlos de económicos en tanto están ligados a las necesidades de la sobrevivencia, son más amplios y genéricos en contra de la exclusión, en tanto se asocian también a necesidades de pertenencia e identidad, de participación y sociabilidad, culturales y de creatividad. Fi

nalmente, desde el punto de vista de sus contenidos, éstos están referidos a las distintas maneras en que es vivida la exclusión popular, según contingencias económicas y políticas nacionales. De allí que la tipología de estas organizaciones y la evolución de los diversos tipos de organización, estén íntimamente asociados a los momentos o períodos definidos de tiempo que vive el país: son, en tal sentido, organizaciones altamente sensibles a las aperturas o cierres económicos y políticos nacionales.

b) Tipos de OEP, magnitud y composición

Qué tipos de estrategias populares organizadas de subsistencia u OEP se pueden reconocer gruesamente, atendiendo a los objetivos y a su composición social dominantes?

1. Organizaciones laboral-productivas: son aquéllas que se forman, básicamente, en torno al proceso de producción de algunos bienes o servicios destinados a ser intercambiados en el mercado (por algún ingreso y/u otros bienes o servicios), para cubrir así algunas de las necesidades familiares insatisfechas de los miembros. Aunque inicialmente fueron conformadas por mano de obra con alguna calificación o especialidad y se destinaron a rubros más propios de las habilidades de los obreros (construcción, muebles, cerrajería y gasfitería, amasanderías, por mencionar algunos); a medida que se expanden incorporan una fuerza de trabajo descalificada, sin experiencia laboral previa (propia de la situación de las mujeres y jóvenes), y que viven un proceso de formación al interior de estas unidades económicas o laborales: especialmente constitui-

das por talleres artesanales, de confección, de juguetes, etc. Sobre los rubros, en términos generales, los artesanales representan más del 50% de los talleres funcionando actualmente, seguidos por amasanderías populares y talleres de confección que representan un 10% y un 12%, respectivamente, del total de organizaciones productivas. Respecto de su composición, el 62% de los talleres laborales tienen solamente mano de obra femenina y, en estas organizaciones, se agrupa al 65% del total de la mano de obra, lo que indiscutiblemente demuestra la alta participación laboral de la mujer. En un estudio de casos realizado con 15 talleres laborales dedicados al trabajo artesanal, de composición netamente femenina, se revela que sus participantes son mujeres adultas (más del 60% tiene arriba de 36 años), con escasa experiencia laboral previa: el 64% de todas las miembros realiza por primera vez en su vida un trabajo remunerado, al interior de estos talleres (Hardy, 1984).

2. Organizaciones para el consumo: son aquéllas que específicamente realizan un proceso de trabajo destinado a satisfacer, de manera directa y en algún grado, las necesidades alimentarias de las familias populares. Se integran así participantes, no como personas individuales, sino como grupos familiares completos, asumiendo el colectivo familiar las responsabilidades propias de la organización. Este carácter familiar de la composición, hace de estas organizaciones los núcleos asociativos más numerosos a nivel poblacional: en general y según revelan 2 estudios diferentes en "Comprando Juntos" y "Ollas Comunes", la participación promedio en este tipo de organización es de 30 familias por unidad de base y,

a su vez, el tamaño promedio de cada familia es en torno a las 6 personas (Hardy, 1985 y Ramírez, 1985).

En sus comienzos, las organizaciones para el consumo más numerosas fueron los comedores (infantiles y familiares), caracterizadas por el hecho de "comer en conjunto" en algún local prestado (habitualmente por la iglesia) y con una parcial participación grupal en las actividades (un marcado carácter asistencial caracterizó en sus comienzos a estos comedores). Actualmente, la presencia de comedores es marginal y, contrariamente, crecen las otras formas organizativas, como los "Comprando Juntos" u organizaciones de familias vecinas que compran en común una canasta básica de productos, y las Ollas Comunes u organizaciones equivalente a "cocinando juntos" (pero, cada familia, comiendo en sus hogares). En estos dos casos, las actividades recaen enteramente en las organizaciones y sus miembros, aún si parte importante de los alimentos proviene todavía de donaciones. Recientemente han surgido los huertos poblacionales destinados totalmente al autoconsumo, pero de lento crecimiento dadas las restricciones de terrenos urbanos que viven los sectores sociales en estas comunas populares.

También aquí, tanto por las funciones y objetivos propios de estas organizaciones, como por la naturaleza de su trabajo, aunque es toda la familia quien participa, domina la responsabilidad y actividad permanente de las mujeres: eso se advierte en el número de mujeres jefas de hogar que se incorporan a estas organizaciones (el 22% de las familias de ollas co

munes tienen a la mujer como única cabeza responsable del hogar) y en la composición por sexo de los responsables de estas organizaciones: el 77,5% de los dirigentes son mujeres (Hardy, 1985 ).

3. Organizaciones vinculadas a servicios sociales: son aquéllas que se forman para abordar algunos problemas derivados de la falta de servicios sociales a la población, que tradicionalmente estuvieron en manos del Estado. Principalmente, nacen en torno a las necesidades de vivienda y de servicios urbanos relacionados con las condiciones habitacionales, así como referidos al área de la salud en sectores que, dada su condición de desempleados, carecen de prestaciones mínimas en estas materias. Inicialmente, los grupos en torno a la vivienda se constituyeron a partir de 2 tipos distintos de antecedentes: por una parte, los comités sin casa que se organizan más reivindicativamente con sectores de menores recursos y mayores necesidades habitacionales y/o de sitio, y por otra, las organizaciones más vinculadas al cooperativismo y que agrupan a sectores de mayores recursos que aspira construir sus viviendas propias. Con el correr del tiempo, estas formas organizativas mezclan, con la reivindicación tradicional, algunas iniciativas de autoconstrucción (familiar o comunitaria, como calles, veredas, etc.). Junto con el agravamiento de la crisis, el aumento de la cesantía y la pérdida del poder adquisitivo, se forman los Comités de Deudores (de luz, agua, dividendos habitacionales) como mediadores entre las familias endeudadas y el aparato público. La mezcla de iniciativas de autoayuda en materia de construcción con reivindicaciones más tradicionales del movimiento poblacio-

nal, explica una presencia masculina mayoritaria.

Inversamente, los grupos de salud son de composición casi enteramente femenina y realizan, junto a su esporádica colaboración en primeros auxilios para las movilizaciones poblacionales, una tarea más permanente en el área de la capacitación en salud y prevención de enfermedades: temas como la nutrición, la situación materno-infantil, las enfermedades infecto-contagiosas y gastrointestinales (características de las comunas pobres de la ciudad) forman parte prioritaria de cursos, acciones directas y reivindicaciones.

4. Organizaciones Reivindicativas-Laborales: nacidas como agrupamientos de trabajadores expulsados de sus fuentes de trabajo han combinado, diferentemente en el tiempo, sus objetivos más propiamente reivindicativos en relación a empleo y condiciones de trabajo, con algunas tareas productivas para intentar solucionar los problemas de subsistencia, tras la prolongada cesantía de sus miembros. Desde las iniciales bolsas y comités de cesantes hasta la constitución posterior de los sindicatos de de trabajadores independientes (por cuenta propia y eventuales) ha mediado, por un lado, una prolongada crisis económica que ha deteriorado las expectativas laborales de los trabajadores y, por otro, cambios en las condiciones políticas que han frenado la persistencia reivindicativa de estas organizaciones. Fenómenos como el intento de formación de sindicatos del PEM (basados en la misma legislación que autoriza el sindicalismo de trabajadores eventuales) y la represión que esta iniciativa

desencadenó (reducción del programa, despidos de dirigentes y trabajadores en general), revelan la dependencia que tienen las iniciativas organizadas de las situaciones políticas y económicas nacionales (auge de momentos reivindicativos o, bien, predominio de actividades de subsistencia en un mismo tipo de organizaciones).

Con una composición predominantemente masculina y de trabajadores con tradiciones organizativas y laborales, estas formas de organización son las que más se asemejan a las organizaciones populares tradicionales del mundo del trabajo: los sindicatos. Este hecho les da, por un lado, especificidades particulares que las diferencian de los otros tipos de OEP pero, por otro, exige mayor creatividad e imaginación puesto que, a diferencia de los sindicatos, su base social ha dejado de ser asalariada y ha dejado de tener probabilidades de serlo; además, su asiento no es por sector o actividades económicas, sino por su localización territorial (rasgos propiamente poblacionales).

Esta caracterización de los distintos tipos de organizaciones populares urbanas de subsistencia u OEP, según el tipo de objetivos o necesidades que abordan, se expresa cuantitativamente en los dos siguientes cuadros.

## CUADRO 1

## TIPOS DE OEP SEGUN OBJETIVOS O NECESIDADES ABORDADAS

(Región Metropolitana)

	Nov. 1982		Marzo 1984		Junio 1985	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%
I. Organizaciones laboral-Productivas (subtotal)	151	33,0	215	32,7	344	32,8
- Talleres	151	33,0	215	32,7	331	31,6
- Amasanderías	-	-	-	-	13	1,2
II. Organizaciones Consumo Alimentario (subtotal)	212	46,3	247	37,6	503	48,0
- Ollas Comunes	34	7,4	41	6,2	232	22,1
- Comprando Juntos	57	12,5	113	17,2	214	20,4
- Comedores Populares	121	26,4	93	14,2	30	2,9
- Huertos	-	-	-	-	27	2,6
III. Organizaciones Servicios Sociales (subtotal)	66	14,4	141	21,5	193	18,4
- Grupos de Salud	22	4,8	72	11,0	114	10,9
- Precoop. o Coop. Vivienda	27	5,9	18	2,7	17	1,6
- Comités sin Casa	5	1,1	51	7,8	7	0,7
- Comités Damnificados (1)	-	-	-	-	52	5,0
- Comités Deudores	12	2,6	-	-	3	0,3
IV. Reivindicativo-Laboral (subtotal)	29	6,3	54	8,2	8	0,8
- Sindic. Trabajd. Indep.	8	1,7	21	3,2	3	0,3
- Comités Cesantes	21	4,6	33	5,0	5	0,5
TOTAL OEP BASE (4)	458	100,0	657	100,0	1.048	100,0
V. Otros grupos (2)	31		33		49	
VI. Coordinadoras (3)	5		12		28	
G. TOTAL OEP (5)	494		702		1.125	

FUENTE: Catastros PET (equipo OEP)

- (1) Creados a raíz del terremoto y dedicados a la formación de bancos de materiales y autoconstrucción.
- (2) Organizaciones populares esporádicamente de subsistencia (grupos juveniles, recreativos, de promoción, de mujeres, etc.)
- (3) Organizaciones de 2º nivel que agrupan a un conjunto de organizaciones de base (Coord. Ollas Comunes, Coord. Comprando Juntos, etc.).
- (4) Total de los tipos I, II, III y IV.
- (5) Gran total que, además de las anteriores, incluye V y VI.

## CUADRO 2

## VARIACIONES DE MAGNITUD EN LOS DISTINTOS TIPOS DE OEP

(Región Metropolitana)

	Variac. 1982/84		Variac. 1984/85		Variac. 1982/85	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%
I. Organizaciones Laboral- Productivas (subtotal)	64	42,4	129	60,0	193	127,8
- Talleres	64	42,4	116	54,0	180	119,2
- Amasanderías	-	-	-	-	-	-
II. Organizaciones Consumo Alimentario (subtotal)	35	16,5	256	103,6	291	137,3
- Ollas Comunes	7	20,6	191	469,9	198	582,4
- Comprando Juntos	56	98,2	101	89,3	157	275,4
- Comedores Populares	-28	-23,1	-63	-67,7	-91	-75,2
- Huertos	-	-	-	-	-	-
III. Organizaciones Servicios Sociales (subtotal)	75	113,6	52	36,9	127	192,4
- Grupos de Salud	50	227,3	42	58,3	92	418,2
- Precoop. o Coop. Vivienda	-9	-33,4	-1	-5,6	-10	-37,0
- Comités sin Casa	46	920,0	-44	-86,3	2	40,0
- Comités Damnificados	-	-	-	-	-	-
- Comités Deudores	-	-	-	-	-9	-75,0
IV. Organizaciones Reivindica- tivo-Laboral (subtotal)	25	86,2	-46	-85,2	-21	-72,4
- Sindic. Trabajad. Independ.	13	162,5	-18	-85,7	-5	-62,5
- Comités cesantes	12	57,1	-28	-84,8	-16	-76,2
TOTAL OEP BASE	119	43,5	391	59,5	590	128,8
V. Otros grupos	2	6,5	16	48,5	18	58,1
VI. Coordinadoras	7	140,0	16	133,3	23	460,0
G. TOTAL OEP	208	42,1	423	60,3	631	127,7

FUENTE: Catastros PET (equipo OEP)

A los dos cuadros anteriores que sintetizan las magnitudes y variaciones de cada tipo de organización, podemos agregar que, en relación a la composición social interna y su distribución, los resultados cuantitativos son los siguientes.

CUADRO 3  
DISTRIBUCION DE OEP SEGUN COMPOSICION SOCIAL (\*)  
(Región Metropolitana)

INTEGRANTES	NOV. 1982		JUNIO 1985	
	Nº Organizac.	%	Nº Organizac.	%
TOTAL	448	100,0	1.000	100,0
Niños y Jóvenes	64	14,3	38	3,8
Mujeres Adultas	139	31,0	436	43,6
Hombres Adultos	53	11,8	8	0,8
Mixtos (Muj. y Hobres)	72	16,1	60	6,0
Familias	120	26,8	458	45,8

FUENTE: Catastros PET (equipo OEP)

(\*) Información sobre composición social obtenida para el 98% de las OEP Base de 1982; y para el 95% de las OEP Base de 1985.

En los resultados que muestran estos cuadros, se resumen los hechos cuantificables más destacados de estas organizaciones. ¿Qué significan estos mismos hechos cualitativamente, cómo entender su desigual composición social y las variaciones que experimentan en el tiempo?

c) Dinámicas organizativas, problemas y tendencias

Sosteníamos que las OEP son altamente sensibles a los acontecimientos económicos y políticos nacionales. O, lo que viene a ser igual, que el mundo popular organizado es reflejo de los fenómenos nacionales que les dan origen y que, también su existencia desencadena dinámicas políticas y económicas nuevas. Por tanto, interpretar lo que ocurre con los sectores populares organizados, en este marco específico de la subsistencia, es referirse a los vínculos que se construyen entre los actores sociales y la realidad en la que se insertan y construyen sus relaciones.

- En primer término, las cifras no dejan lugar a dudas sobre la expansión que experimenta el mundo popular organizado en torno a la subsistencia desde 1982 en adelante, fecha a partir de la cual los cambios estructurales impuestos por el modelo capitalista autoritario adquieren su expresión más visible (no olvidemos que fue entonces que la cesantía mostró las más altas tasas de la última década, con un 30% de desocupación real).

Podemos decir, entonces, que hay una asociación entre la estabilización que adquiere la crisis o la permanencia de indicadores económicos deficitarios, con la estabilidad que cobran las respuestas populares organizadas para hacerle frente a tal situación. Si bien éste es el marco de condiciones objetivas que sustenta el desarrollo del mundo organizado, hay un efecto de estimulación subjetiva propicia hacia la organización en el hecho de que éstas logran sostenerse y crear, crecientemente, mayores espacios (de hecho frente al régimen y de legitimidad en los propios

sectores populares y ante otros actores políticos y sociales).

- En segundo término, el crecimiento o expansión del mundo popular organizado se da con dos características simultáneas: por un lado, se diversifican las organizaciones populares para las necesidades básicas, aumentando la variedad de formas o respuestas organizativas. Por otro lado, el sostenido proceso de crecimiento general de OEP se distribuye des-  
igualmente, según el tipo de organización específica de que se trate: mientras crecen espectacularmente las organizaciones destinadas a apoyar el consumo familiar alimentario (en especial, recientemente, las ollas comunes) y otro tanto ocurre con algunas organizaciones de servicios sociales (como es el caso de los grupos poblacionales de salud), crecen me-  
nos las experiencias productivas vinculadas al mercado y decrecen ostensiblemente el conjunto de organizaciones reivindicativas, en sus distintas expresiones.

Estos fenómenos aluden a algunas características importantes de destacar en los sectores urbanos pobres o excluidos: su realismo o apego a las opciones posibles, y su capacidad de iniciativa, creatividad y flexibi-  
lidad para buscar soluciones a sus necesidades dentro del arco de posibi-  
lidades existentes. Los sectores populares han constatado la frustración permanente de reivindicaciones que no encuentran salida ante un Estado impermeable a sus demandas y que reprime por donde más duele: por el estómago.

Las exigencias de la supervivencia le bajan el perfil a organizaciones reivindicativas cuya posibilidad de permanencia o expansión requeriría contar con recursos de los que sobradamente carecen sus miembros. Pero su renuncia a mantener establemente las reivindicaciones específicas (de empleo, vivienda, relaciones laborales contractuales, etc.) no es una renuncia a la organización como tal y, frente a acciones económicas y politicas represivas y coactivas, los sectores poblacionales organizados reorientan objetivos y metas, redefinen tareas y priorizan o jerarquizan necesidades.

Comer y vivir (alimentación y salud) están en el primer plano: son las necesidades más vitales que deben ser satisfechas para garantizar una diversificación en el mundo de las necesidades. Cuán obvio aparece para el pobre de la ciudad, el tránsito del mundo de la necesidad al de la libertad, y cuán impotente frente a tanta vulneración de sus necesidades.

Son éstos los elementos, pues, que están detrás de la diversificación de las formas o respuestas organizativas y de los desiguales crecimientos que acompañan una jerarquía de necesidades básicas, cuyas fundamentales restricciones son -como se ha reiterado- los límites vitales que impone la sobrevivencia. Y, aún con esas fronteras y límites, las respuestas populares organizadas crecen.

- Finalmente, también aparece con el tiempo una ampliación de los espacios de participación femenina en el mundo de la organización específica

de subsistencia: crecen ciertos tipos de organización y aumenta la participación femenina e, inversamente, decrecen otros tipos de organización y disminuye proporcionalmente la participación masculina.

Fenómeno éste que tiene que ver con una cultura popular que, por un lado, distribuye funciones según el sexo y, por otro, valoriza diferencialmente las relaciones sexo-trabajo. En un caso, se privilegia la presencia de la mujer cuando se expanden las organizaciones más vinculadas a funciones tradicionalmente practicadas y percibidas como femeninas: los servicios y la alimentación son "prototipos" culturales de especialización femenina. En el otro caso, se desestimula la participación masculina por la ausencia de ocupaciones tradicionalmente asignadas a la esfera productiva convencional, del mundo más clásico del trabajo obrero y de la calificación que proviene del empleo en el sector formal: así, las dificultades que las OEP laborales encuentran de realización del proceso productivo en el mercado, los escasos ingresos que eso le significa a los integrantes, el carácter "poblacional" de la organización a diferencia del tradicional sentido de "empresa" y "sector económico" son, entre otras, explicaciones que le restan disposición subjetiva a la participación masculina.

Es paradójico constatar que, a pesar de los pobres resultados, los varones sigan optando por los oficios tradicionales, aun si son tan marginales, mal pagados e inestables como los "pololitos", comercio ambulante, etc. En la mujer, la disposición participativa pasa, entre las más im-

portantes razones, por la autovaloración que significa el convertir en trabajo lo que usualmente fue ejercicio doméstico femenino: y eso lo brinda, en la actualidad, la experiencia de organizaciones conocidas en el terreno de la subsistencia.

